

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jocsan Becerril

jocsan93@hotmail.com

UAM Azcapotzalco

Si puedo pensar en mi propia historia... Entrevista con Alberto Chimal

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 12-15.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

SI PUEDO PENSAR EN MI PROPIA HISTORIA...

Entrevista con Alberto Chimal

Jocsan Becerril

Mira, yo creo que las denominaciones como fantástico, ciencia ficción o terror están muy bien; pero son, finalmente, etiquetas que vienen de afuera, que aquí, en México, las importamos, sobre todo del mundo de habla inglesa, que es donde se inventa la *science fiction*, donde se inventa el *supernatural horror*, etc.

Alberto Chimal (Toluca, 1970) es uno de los escritores más reconocidos de la literatura mexicana actual. Entre sus obras más destacadas se encuentran los libros de cuentos *Estos son los días* (2004); *Gente del mundo* (1998), con una reedición del 2014; *Grey* (2006); *Los atacantes* (2015) y, más recientemente, *Manos de lumbre* (2018). Además, es autor de dos novelas: *Los esclavos* (2009) y *La torre y el jardín* (2012), la cual fue

finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. La escritura de Chimal ha sido considerada por la crítica dentro de los géneros fantástico, terror y ciencia ficción. Ahora, además de su labor como escritor, se ha convertido en un difusor de la lectura y la escritura, junto con la escritora Raquel Castro, a través de medios digitales, específicamente en su canal de YouTube. Aproveché su visita a la ciudad de Xalapa, en el marco de la Feria Internacional

del Libro Universitario, el pasado 13 de abril de 2019, para realizar esta entrevista y así hablar y reflexionar un poco, acerca de su obra y su labor como promotor de la literatura y la creación literaria.

JCSAN BECERRIL: Muchas gracias, Alberto, por concederme esta breve entrevista. Han pasado ya cerca de dieciséis años desde que ganaste el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, hoy conocido como Amparo Dávila, con tu libro *Estos son los días*. ¿Cómo ha sido tu proceso de escritor desde entonces?

ALBERTO CHIMAL: Creo que mi proceso ha sido más bien una serie de muchos procesos diferentes: por una parte, creo que he seguido con varias convicciones que he tenido desde el principio respecto a qué me interesa decir, cómo me interesa decirlo y qué me interesa buscar en los proyectos que emprendo; pero por otra parte, por circunstancias vitales, internas y del mundo, he tenido que ir modificando parte de mi trabajo y parte de las propuestas que realizo, para acomodarme tanto a los cambios de mi vida como a los cambios del mundo alrededor. Por ejemplo, creo que mis obras recientes tienen una cierta intencionalidad política o social más explícita que algunas de otra época. No es que antes no tuviera convicciones; creo que siempre se tienen, pero las manifiesto ahora de otra forma. Y también, a medida que uno envejece, va pensando en otras cosas o va encontrando otros temas que tiene sentido tratar de desarrollar y eso me ha pasado a mí.

JB: Menciono el Premio San Luis porque, aunque ya has ganado varios, fue este el que te catapultó e hizo que la crítica de la literatura mexicana te volteara a ver. Los críticos te encasillan

como un autor de los géneros fantástico, terror, o a veces ciencia ficción; pero sé que tú mismo has dicho que más bien produces literatura de imaginación. ¿De dónde viene esta idea o término y cómo lo manejas?

AC: Mira, yo creo que las denominaciones como fantástico, ciencia ficción o terror están muy bien; pero son, finalmente, etiquetas que vienen de afuera, que aquí, en México, las importamos, sobre todo del mundo de habla inglesa, que es donde se inventa la *science fiction*, donde se inventa el *supernatural horror*, etc. Entonces, creo que pueden ser retomadas o asimiladas; pero pueden ser absorbidas de una manera imperfecta, porque esta no es la Inglaterra de principios de la Primera Guerra Mundial, cuando Tolkien empezó a inspirarse para escribir *El señor de los anillos*; este no es el Estados Unidos de las primeras décadas del siglo XX o del tiempo del *new deal*, cuando empieza a fortalecerse lo que se conoce como ciencia ficción o narrativa especulativa. Las circunstancias son muy diferentes; tratar de juzgar un movimiento o un subgénero literario fuera de sus propias coordenadas sociales, culturales, espacio-temporales, solo puede llegar hasta cierto punto, tiene límites. Ciencia ficción mexicana, terror colombiano, fantasía guatemalteca pueden existir, pero darles ese nombre implica juzgarlos o tratar de encajarlos en un molde al que no pertenecen, porque escribimos desde una realidad distinta, desde una serie de circunstancias que son diferentes. Para empezar, desde una posición subalterna o por lo menos sojuzgada en el ámbito geopolítico. La ciencia ficción se engendra en los Estados Unidos como categoría a partir de un discurso triunfalista, excepcionalista, como para promover esta misma noción de que los



Cuaderno trémulo

Estados Unidos estaban a la vanguardia de todo el mundo y con su tecnología, su inteligencia superior o empuje superior, iban a seguir conquistando nuevas fronteras. Es como una expansión de aquella noción del siglo XIX de la frontera: la búsqueda de nuevos horizontes. Todo eso no nos está ocurriendo a nosotros, que queremos especular acerca de las posibilidades de transformación de una sociedad o reflexionar acerca de cómo nos altera o nos perjudica la tecnología, si vamos, por decirlo así, a escribir algo parecido a la ciencia ficción. Ninguna de estas categorías sirve expresamente y más bien acaban convirtiéndose en marcas de clase, en una jerarquía literaria donde ciertas formas de escribir son más aceptadas que otras y ciertos grupos que escriben son más aceptados que otros. Lo menos que uno puede hacer,

sobre todo si no está, por razones de nacimiento o del azar, entre quienes tienen proverbialmente la sartén por el mango, pues es tratar de cuestionar por qué el mango, por qué la sartén, por qué esas jerarquías. En el caso de quienes nos interesa hablar de la imaginación, pues nos interesa también hablar de esas otras jerarquías implícitas. Por esta razón se me ocurre a mí —a muchas personas venturosamente les gusta la idea— hablar de que aquí más bien podríamos describir lo que hacemos como literatura de imaginación; porque sí, estamos retomando de muchos otros elementos, subgéneros, vertientes; pero no queremos ni podríamos copiarlos literalmente, porque no se puede, porque es imposible. Más bien, lo que cuenta por encima de todo es el modo en que nuestra propia imaginación se apodera de las influencias de nues-

tro entorno, lo combina, lo transfigura y lo convierte en otra cosa.

JB: Pasando a hablar específicamente sobre dos de tus obras más recientes, me parece que en libros como *Los atacantes* y *Manos de lumbre* te acercas a una especie de terror que es el tecnológico, pero no de una forma lejana, sino todo lo contrario; pretendes dar un giro haciéndolo más cercano ya a los lectores: por ejemplo la idea del *stalker* o la inteligencia artificial. ¿De qué manera te acercaste a estas figuras ya no tan futuristas y logras dar esa vuelta de tuerca?

AC: La cuestión del terror en *Los atacantes* es central, pero en *Manos de lumbre* no. En esos dos proyectos me interesaba tener un eje o hilo conductor, que en el caso de *Los atacantes* es el miedo, pero en *Manos de lumbre* es más bien la noción del error o de la imperfección humana. En aquel libro todos los personajes tienen, como decían las abuelitas de mi tierra en otro tiempo, “manos de lumbre”; tienen la capacidad muy pronunciada de equivocarse, tropezarse, cometer errores fatales, destruir cosas a su paso. Y así te encuentras en ese libro desde un cuento que tiene ciertas coordenadas con la ciencia ficción como “La segunda Celeste”, hasta otros que son más bien satíricos, pero en plano realista, como “Los Leones del Norte”, o de miedo pero de otra categoría, como es “Marina”, que además toca de paso el tema del abuso sexual.

Cuando me interesa tratar el terror intento acercarlo a nuestras circunstancias y ver qué más se puede hacer con esos arquetipos antiguos de otras épocas, que a veces pueden actualizarse o modificarse. Por ejemplo, el *stalker* de “Tú sabes quién eres”, en *Los atacantes*, es de hecho también una re hechura del tema clásico de la posesión, porque de alguna manera esa especie de acoso sobre-

natural se toca con la noción del acoso natural o real, que encontramos en la vida y sobre todo en línea actualmente. En el caso de “La segunda Celeste”, que habla sobre este asunto de la inteligencia artificial o reproducción de la inteligencia humana, es a partir de un concepto más nuevo que aquellos que teníamos en *Yo robot*, o en obras por el estilo, que es el concepto de la “posthumanidad” o “transhumanismo”, que es la noción de que en algún momento dado no solo vamos a tener nuestra naturaleza intervenida por la tecnología, sino totalmente modificada hasta la raíz, un paso que no se había dado en el siglo pasado.

JB: Has navegado por todos los géneros literarios y es en el cuento donde más producción tienes. ¿Qué hace que te sientas más cómodo en el cuento que en la novela?

AC: Es mi amor de juventud el cuento. Mis primeras lecturas de gusto personal fueron cuentos. Por alguna razón, en los libreros de casa de mi mamá, cuando yo era muy niño, había diferentes libros, pero sobre todo había libros de cuentos y a partir de ese encuentro casual vino un cariño que sigue hasta hoy.

JB: Moviéndonos de tema, ¿cómo nace esa inquietud por ser un promotor de la lectura y escritura a través de medios digitales? ¿Crees que la literatura tiene futuro ahí?

AC: Si no lo tiene necesita hacerse, crearse su espacio tan rápido como sea posible. Porque la tecnología digital no se va a ir. Ese cambio que se ha dado desde las últimas décadas del siglo pasado y que sigue hasta ahora modificando cómo nos relacionamos con el mundo no va a deshacerse, y si sucede solo podría ser bajo una catástrofe de proporciones universales. Lo que tendríamos que hacer es intentar encontrar

ese espacio y esas posibilidades. Yo creo que ahí están. De muchas maneras, la literatura o el uso del lenguaje pueden y deben seguir existiendo en internet. Creo que incluso lo veíamos más claramente hace algunos años, quizás al principio de esta década; en años recientes, las plataformas sociales se han comido la experiencia de internet para muchas personas. Se cree que internet es sinónimo de Facebook, lo cual me parece espantoso. Las nociones que acompañan a muchas de las relaciones –la toxicidad, el acoso, los discursos de odio–, ahora por redes sociales, han coloreado la percepción de toda internet, pero no tiene que ser así. Yo estoy convencido de que internet, como sustrato de comunicación, es mucho más que las redes sociales, puede ofrecernos muchísimo más y podemos aprovecharlo de muchas otras maneras.

JB: Raquel y tú ya llevan años en su canal de YouTube y con los proyectos “Escritura 2017”, 2018 y ahora 2019. ¿Cuáles han sido los retos, y si tuvieras que hacer una breve recapitulación, cuáles crees que han sido los frutos de esta labor?

AC: Los resultados han sido la formación de una cierta comunidad. Es un grupo comparativamente pequeño, de ninguna manera del tamaño de los seguidores de Yuya o de los *influencers* que están de moda en este momento. Pero, ciertamente, es un grupo de gente real que está interesada en la lectura y la escritura, que es de un cierto rango de edades diferente del de los *influencers* o *youtubers* muy jóvenes, y que está ahí. Nos busca y ha hecho contacto con nosotros más allá de la red. A partir de esa interacción se enteran de nuestro trabajo y se enteran también de los trabajos que difundimos de otras personas o las iniciativas que realizamos. Las dificultades de hacer esto son las que

puede tener cualquier proyecto de difusión o alcance comunitario en un país como México, empezando porque no tiene remuneración, no es un proyecto económicamente sustentable. Sin embargo, tiene cierto valor y significación para aquellos que lo siguen. Es un proyecto que vale la pena hacer y hacerlo de esta manera: sin esperar convertirlo inmediatamente en nuestra fuente de ingresos, porque puede servir para ir en contra de esta lógica neoliberal de que todo tiene que tener un fin útil y todo tiempo invertido debe representar una cantidad de dinero. A nuestra propia manera, parte también de la intención es darle un mentís a este prejuicio que nuestro propio entorno nos receta cotidianamente; tratar de recuperar, para nosotros y para quienes nos acompañan, un espacio distinto donde se utilice alguna otra lógica a la hora de encontrarnos con la lectura y la escritura: temas que nos importan.

JB: ¿Cómo visualizas tu labor de escritor en un futuro y, de igual forma, como promotor de lectura y escritura en medios digitales?

AC: Me parece que son dos cosas distintas. Espero que podamos continuar con el asunto de la promoción durante algún tiempo más todavía, no sé cuánto, pero sí me gustaría poder seguir haciéndolo. Porque, repito, creo que las plataformas digitales no se van a ir y si se van en este momento sería muchísimo peor. Me gustaría continuar con alguna presencia en internet y quizás con el sitio que tengo ahora: *Las historias*, que ya va a cumplir sus xv años; quizá alguna otra iniciativa al margen de las redes sociales, porque es importante no verterlo todo, porque finalmente esas redes monetizan el trabajo de todos los que nos ex-



La noche

presamos en ellas. De alguna manera somos trabajadores sin paga de las redes sociales. Por otra parte, del lado de la escritura, en este momento por lo menos de mi trabajo, la intención que tengo es continuar hacia adelante tanto como sea posible. No sé si voy a lograr todo lo que quisiera; pasa el tiempo, uno empieza a tener problemas de salud, a encanecer, a encontrarse con esa certidumbre de la finitud después de que pasa cierta edad. Uno empieza a hacerse preguntas, de lo que ha logrado, lo que todavía podría lograr; pero creo que cualquier pregunta que nos hacemos, y cualquier respuesta, es finalmente inventarnos una historia, modificar o enmendar de alguna forma la historia que cons-

truimos a diario a partir de nuestra conciencia por medio del lenguaje y que nos justifica. Si todavía puedo pensar en mi propia historia, puedo seguir pensando en historias que vayan hacia otras personas: el camino que me propuse en ese sentido no está terminado todavía. **LPyH**

Jocsan Becerril (Xalapa, Ver., 1993) es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la uv. En 2017 fue becario Interfaz en la categoría de Narrativa. Recientemente, egresó de la Especialización en Literatura Mexicana del Siglo xx que ofrece la UAM Azcapotzalco.